



CAPÍTULO UNO

HABÍA UNA VEZ

—**H**abía una vez... —dijo la señora Peters dirigiéndose a su clase de sexto curso—. Estas son las palabras más mágicas que nuestro mundo haya conocido y la puerta de entrada hacia las mejores historias jamás contadas. Estas palabras son un llamado inmediato para quien las escucha; un llamado que los lleva a un mundo donde todos son bienvenidos y todo es posible. Los ratones pueden convertirse en hombres, las criadas pueden convertirse en princesas y, a lo largo del proceso, nos pueden enseñar lecciones valiosas.

Alex Bailey se enderezó ansiosa en su asiento. Solían

gustarle las clases de su maestra, pero *esta* clase en particular significaba mucho para ella.

–Los cuentos de hadas son mucho más que historias para leer en la cama antes de dormir –prosiguió la maestra–. La solución para cualquier problema imaginable se puede encontrar en el final de un cuento de hadas. Son lecciones de vida disfrazadas de personajes y situaciones vistosas. *Pedro y el lobo* nos enseña la importancia que tiene una buena reputación y el poder de la honestidad. *La Cenicienta* nos muestra las recompensas que trae tener un buen corazón y *El patito feo* nos enseña el significado de la belleza interior.

Los ojos de Alex estaban muy abiertos, y asintió con la cabeza. Era una niña bonita de ojos azules brillantes y de cabello rubio rojizo y corto, que llevaba siempre sujeto con una cinta para despejarle la cara.

La maestra no lograba acostumbrarse a la manera en que el resto de los estudiantes la miraba, como si estuviera hablando en un idioma desconocido. Por esa razón, ella solía darle la clase a la primera fila, donde se sentaba Alex.

La señora Peters era una mujer alta y delgada que siempre usaba vestidos con estampados parecidos a los de un sofá viejo. Su cabello era oscuro y ondulado y lo llevaba perfectamente recogido sobre su cabeza, como si fuera un sombrero (sus alumnos a menudo pensaban que era uno). Detrás de un par de lentes gruesos, sus ojos estaban fruncidos todo el tiempo, debido a todas aquellas miradas sentenciosas que les había dado a sus alumnos a lo largo de los años.

–Lamentablemente, estas historias atemporales ya no son relevantes para nuestra sociedad –dijo la señora Peters–.



Intercambiamos sus valiosas enseñanzas por opciones de entretenimiento mezquinas como la televisión o los videojuegos. Ahora los padres permiten que caricaturas detestables y películas violentas influyeran a sus hijos.

»La única exposición que tienen algunos niños a los cuentos son versiones corrompidas por las productoras cinematográficas. Las “adaptaciones” de los cuentos de hadas suelen estar despojadas de cualquier moraleja que las historias originalmente querían transmitir, y las lecciones son reemplazadas por animales del bosque que bailan y cantan. ¡Hace poco leí que están filmando una película que muestra a Cenicienta como una cantante de hip hop que quiere alcanzar el éxito y otra en la que la Bella Durmiente es una princesa guerrera que pelea contra zombies!

–Genial –susurró un alumno sentado detrás de Alex.

La chica negó con la cabeza. Escucharlo le causaba un gran sufrimiento. Intentó compartir su indignación con sus compañeros, pero, lamentablemente, su preocupación no fue recíproca.

–Me pregunto si el mundo sería un lugar diferente si todos conocieran estos cuentos en la forma en que los hermanos Grimm y Hans Christian Andersen querían que se los conocieran –dijo la señora Peters–. Me pregunto si las personas aprenderían del corazón roto de La Sirenita cuando muere al final de su verdadera historia. Me pregunto si existirían tantos secuestros si los niños supieran los verdaderos peligros que tuvo que enfrentar Caperucita Roja. Me pregunto si los criminales tendrían el mismo comportamiento si supieran las consecuencias que sufrió Ricitos de Oro por lo que le hizo a los tres osos.



»Hay mucho que podemos aprender para ser precavidos en el futuro si abrimos los ojos a las enseñanzas pasadas. Tal vez, si siguiéramos las enseñanzas de los cuentos de hadas tanto como nos fuera posible, nos sería más fácil encontrar nuestro propio “felices por siempre”.

Si las cosas fueran como Alex quería, la señora Peters recibiría un aplauso ensordecedor como recompensa al terminar cada clase. Desgraciadamente, lo único que obtenía era un suspiro general de alivio de parte de los alumnos, agradecidos de que hubieran terminado.

–Vamos a ver qué tanto saben sobre los cuentos de hadas –dijo la maestra con una sonrisa mientras comenzaba a caminar por el aula–. En *Rumpelstiltskin*, ¿qué le dijo el padre de la doncella al rey sobre lo que su hija podía hacer con la paja? ¿Alguien lo sabe?

La señora Peters observó a los alumnos como si fuera un tiburón que buscaba peces heridos. Solo un alumno levantó la mano.

–¿Sí, señorita Bailey?

–Le dijo que su hija era capaz de hilar la paja y transformarla en oro –respondió Alex.

–Muy bien, señorita Bailey –repuso la señora Peters. Si tuviera un alumno favorito, aunque jamás admitiría tener uno, ella sería la elegida.

Alex siempre tenía ansias de complacer a los demás. Era la definición de un ratón de biblioteca. Sin importar cuál fuera el momento del día –antes de la escuela, durante la escuela, después de la escuela, antes de irse a dormir–, siempre estaba leyendo. Tenía sed de conocimiento y, por eso, solía ser la primera en responder las preguntas en clase.



Cada vez que tenía la oportunidad, hacía todo lo posible para causarle una buena impresión a sus compañeros, esforzándose al máximo en cada informe de lectura y en las presentaciones orales que le asignaban. Sin embargo, esta actitud molestaba al resto de los alumnos y hacía que se burlaran de ella.

Escuchaba de forma constante cómo las otras niñas se mofaban de ella a sus espaldas. Pasaba la hora del almuerzo sola debajo de algún árbol, con un libro de la biblioteca abierto sobre el regazo. Aunque nunca se lo dijera a nadie, Alex se sentía tan sola que a veces le causaba dolor.

–¿Quién puede decirme cuál fue el trato que hizo la doncella con Rumpelstilskin?

Alex esperó un minuto antes de levantar la mano. No quería ser la *típica* consentida de la maestra.

–¿Sí, señorita Bailey?

–La doncella le prometió que, a cambio de transformar la paja en oro, ella le entregaría su primer hijo cuando se convirtiera en reina –explicó Alex.

–¿Qué trato poco razonable –dijo un niño detrás de ella.

–¿Por qué querría ese enano viejo y aterrador un bebé? –preguntó una niña que estaba junto a él.

–Es obvio que no podía adoptar con un nombre como ese –añadió otro alumno.

–¿Se comió al bebé? –preguntó alguien, nervioso.

Alex se dio vuelta para enfrentar a sus pares desorientados.

–No están entendiendo el punto de la historia –dijo Alex–. Rumpelstilskin se aprovechó de la doncella porque ella necesitaba su ayuda. Es un cuento sobre las consecuencias de una mala negociación. ¿Qué estamos dispuestos a renunciar a



largo plazo a cambio de obtener algo que necesitamos a corto plazo? ¿Entienden?

Si la señora Peters hubiera podido cambiar su expresión facial, su rostro habría transmitido un gran orgullo.

–Bien dicho, señorita Bailey. Debo decir que, después de tantos años como maestra, pocas veces he visto alumnos con un conocimiento tan profundo como...

De pronto, se oyó un fuerte ronquido que provenía del fondo de la clase. Un niño de la última fila estaba inclinado sobre el banco, babeando por la comisura de la boca, profundamente dormido.

Alex tenía un hermano mellizo, y eran momentos como este los que le hacían desear no tenerlo.

La señora Peters desvió la atención hacia él, como un imán que se adhiere a un refrigerador.

–¿Señor Bailey? –llamó la señora Peters.

Él continuó roncando.

–¿Señor Bailey? –repitió la señora Peters mientras se inclinaba hacia él.

Volvió a emitir un ronquido profundo. Algunos alumnos se preguntaban cómo era posible que semejante sonido saliera de él.

–¡Señor Bailey! –le gritó la maestra en el oído.

Como si alguien le hubiera puesto un explosivo debajo del asiento, Conner Bailey se despertó sobresaltado, y casi tiró el banco al suelo.

–¿Dónde estoy? ¿Qué pasó? –preguntó Conner asustado y confundido. Sus ojos recorrieron el aula rápidamente mientras su cerebro trataba de recordar dónde se encontraba.

Al igual que su hermana, sus ojos eran azul brillante y el



cabello, rubio rojizo. Tenía la cara redonda y con pecas y, en ese momento, una de sus mejillas estaba aplastada en un costado y parecía uno de esos perros arrugados cuando se levantan de la siesta.

Alex no podía sentirse más avergonzada por su hermano. Si bien compartían los rasgos y la fecha de nacimiento, eran completamente diferentes. Conner tenía muchos amigos, pero, a diferencia de su hermana, tenía problemas en la escuela... sobre todo para mantenerse despierto.

–Me alegra mucho que se nos haya vuelto a unir, señor Bailey –dijo con severidad la señora Peters–. ¿Descansó bien?

Conner se puso de un color rojo brillante.

–Lo siento mucho, señora Peters –se disculpó, tratando de sonar lo más sincero posible–. A veces, cuando habla por mucho tiempo, se me cierran los ojos. Sin ofender. No puedo evitarlo.

–Se queda dormido en mi clase por lo menos dos veces por semana –le recordó la señora Peters.

–Bueno, es que de verdad habla mucho –antes de que pudiera contener las palabras, supo que no estaba bien decir lo que dijo. Algunos alumnos tuvieron que ponerse las manos sobre la boca para evitar reírse.

–Le aconsejo que se mantenga despierto mientras doy clase, señor Bailey –lo amenazó la señora Peters. Conner jamás había visto a alguien entrecerrar tanto los ojos sin llegar a cerrarlos–. A menos que tenga el conocimiento necesario sobre los cuentos de hadas para dar la clase usted mismo –añadió la maestra.

–Probablemente lo tenga –dijo Conner. De nuevo habló sin pensar–. Quise decir que sé bastante sobre el tema, nada más.



–¿De verdad? –la maestra jamás se había echado para atrás ante un desafío, y la peor pesadilla de cualquier alumno era que ella lo desafiara–. De acuerdo, señor Bailey, ya que sabe tanto, responda esta pregunta.

Conner tragó con dificultad.

–En la historia original de *La Bella Durmiente*, ¿cuántos años duerme la princesa antes de que la despierte el primer beso de su amor verdadero? –preguntó la señora Peters, estudiando su expresión.

Todos los ojos estaban puestos en él, impacientes por ver el mínimo indicio de que no sabía la respuesta. Pero afortunadamente para Conner, sí la sabía.

–Cien años –respondió–. La Bella Durmiente estuvo cien años dormida. Es por eso que los terrenos del castillo estaban cubiertos de enredaderas y plantas, porque la maldición afectó a todos los habitantes del reino y no había nadie disponible para ocuparse de la jardinería.

La señora Peters no sabía qué decir ni qué hacer. Lo miró con el ceño fruncido, profundamente sorprendida. Esta era la primera vez que él daba la respuesta correcta cuando ella lo ponía en un aprieto y, claramente, no se lo esperaba.

–Intente permanecer consciente, señor Bailey. Por suerte para usted, utilicé esta mañana la última ficha de castigo que me quedaba, pero siempre puedo pedir más –lo amenazó, y luego se dirigió de inmediato hacia el frente del aula para continuar con la clase.

Conner suspiró aliviado, y el color rojo abandonó su rostro. Sus ojos se cruzaron con los de su hermana; incluso ella estaba sorprendida de que hubiera dado la respuesta



correcta. Alex no esperaba que su hermano tuviera recuerdo de los cuentos de hadas...

–Ahora, chicos, saquen sus libros de Literatura, vayan a la página 170, y lean *Caperucita Roja* en silencio –indicó la señora Peters.

Los alumnos hicieron lo que les pidió. Conner se puso lo más cómodo que pudo en su banco y comenzó a leer. La historia, los dibujos y los personajes le resultaban muy familiares.



Una de las cosas que más les gustaba a Alex y a Conner de pequeños eran los viajes para visitar a su abuela. Vivía en las montañas, en el corazón del bosque, en una pequeña casa que podría describirse como una cabaña, si es que aún existía algo así.

Era un viaje largo, que duraba un par de horas en auto, pero los mellizos disfrutaban cada minuto. A medida que se acercaban por la carretera ventosa que atravesaba una infinidad de árboles, la expectativa crecía cada vez más, y al cruzar un puente amarillo, ambos exclamaban entusiasmados: “¡Ya casi llegamos! ¡Ya casi llegamos!”.

Una vez que estaban allí, su abuela los recibía en la puerta con los brazos abiertos y los abrazaba tan fuerte que apenas podían respirar.

–¡Qué grandes que están! ¡Han crecido tanto desde la última vez que los vi! –exclamaba, aunque no fuera cierto, y luego los hacía entrar a la casa, donde una gran cantidad de galletas recién horneadas los esperaba.



El padre de los mellizos había crecido en el bosque y pasaba horas contándoles las aventuras que había tenido en su niñez: todos los árboles que había trepado, todos los ríos en los que había nadado, y todos los animales feroces de los que apenas había podido escapar. La mayoría de sus anécdotas eran muy exageradas, pero a ellos les encantaba escucharlas y pasar tiempo con él, más que nada en el mundo.

—Algún día, cuando hayan crecido, los llevaré a todos los lugares secretos en los que jugaba —bromeaba el padre. Era un hombre alto con ojos amables que se arrugaban cuando sonreía, y lo hacía bastante, especialmente cuando bromeaba con los niños.

A la noche, la madre de Alex y Conner ayudaba a la abuela a preparar la cena y, después de comer, apenas terminaban de lavar los platos, toda la familia se sentaba alrededor de la chimenea. La abuela abría su gran libro de cuentos y, junto al padre, se turnaban para leerles cuentos de hadas hasta que se quedaban dormidos. A veces, la familia Bailey se quedaba despierta hasta el amanecer.

Contaban los cuentos con tantos detalles y tanta pasión que a los chicos no les importaba cuántas veces habían escuchado la misma historia. Eran los mejores recuerdos que un niño podría pedir.

Desgraciadamente, no habían vuelto a la cabaña de su abuela por un largo tiempo...



—¡SEÑOR BAILEY! —gritó la señora Peters. Conner se había quedado dormido otra vez.



–¡Lo siento, señora Peters! –vociferó sentándose derecho como un soldado en guardia. Si las miradas matasen, el chico habría muerto por el ceño fruncido que le dedicó la maestra.

–¿Qué les pareció la historia de la *verdadera* Caperucita Roja? –preguntó la maestra a la clase.

Una niña con pelo ondulado y aparatos gruesos alzó la mano.

–Señora Peters –dijo–, estoy confundida.

–¿Y *por qué* está confundida? –exclamó la maestra, como si estuviera preguntando: “¿Qué cosa podría confundirte, idiota?”.

–Porque este libro dice que el Cazador mató al Gran Lobo Feroz –explicó la niña de rulos–. Yo siempre creí que el lobo solo estaba enojado porque el resto de los lobos se burlaba de su hocico, y que él y Caperucita Roja se hacían amigos al final. Al menos eso es lo que sucedía en los dibujos animados que miraba cuando era pequeña.

La señora Peters puso los ojos tan en blanco que podría haber visto lo que había detrás de ella.

–Eso –respondió apretando la mandíbula– es exactamente el motivo por el cual estamos teniendo esta clase.

La niña de rulos abrió mucho los ojos y se puso triste. ¿Cómo era posible que algo tan querido por ella fuera tan malo?

–De tarea –dijo la maestra, y el aula entera se hundió en los asientos–, tendrán que elegir su cuento de hadas favorito y escribir un ensayo, para mañana, sobre la verdadera lección que el cuento intenta darnos.

La señora Peters fue hasta su escritorio, y los alumnos



comenzaron a trabajar en su tarea en el poco tiempo que les quedaba de clase.

–¿Señor Bailey? –la maestra llamó a Conner para que se acercara al escritorio–. Venga.

Conner estaba en serios problemas, y lo sabía. Se levantó con cuidado y caminó hacia el escritorio de la maestra. El resto de los alumnos lo miraba con lástima mientras caminaba, como si estuviese por ser ejecutado.

–¿Sí, señora Peters? –preguntó.

–Estoy intentando ser muy comprensiva ante su *situación familiar*–explicó la maestra, mirándolo por encima del marco de sus lentes.

Situación familiar. Dos palabras que Conner había escuchado demasiadas veces en el último año.

–Sin embargo –continuó la señora Peters–, hay cierto comportamiento que simplemente no voy a tolerar en mi aula. Se queda dormido de forma constante en clase y no presta atención, sin mencionar que sus calificaciones son muy bajas. Su hermana parece estar llevándolo bien. Tal vez pueda seguir su ejemplo, ¿no?

Esa comparación se sentía como una patada en el estómago cada vez que alguien la hacía. Era cierto, Conner no se parecía en nada a su hermana, y siempre se lo castigaba por ese motivo.

–Si su comportamiento no cambia, me veré obligada a tener una reunión con su madre, ¿entiende? –le advirtió la señora Peters.

–Sí, señor, *¡digo señora! ¡Quise decir señora!* Lo siento –no era uno de sus mejores días.

–De acuerdo, entonces. Puede sentarse.



Conner caminó con lentitud hacia su asiento, con la cabeza un poco más baja que en el resto del día. Lo que más odiaba de todo era sentirse un fracaso.

Alex había observado la conversación entre su hermano y la maestra. Si bien siempre la hacía pasar vergüenza, sintió mucha lástima por él, del modo en el que solo una hermana podía hacerlo.

Hojeó su libro de Literatura para decidirse sobre qué historia iba a escribir. Las imágenes no eran tan coloridas ni emocionantes como las que había en el libro de la abuela, pero al ver a los personajes sobre los que había crecido leyendo, se sintió como en casa; un sentimiento que se había convertido hacía poco en una rareza.

Si los cuentos de hadas fueran reales, pensó. Alguien podría mover una varita y mágicamente lograr que todo vuelva a ser como antes.

